

EL EMBRUJO DE LA MASA.-

La Administración y la mayor parte de la población usuaria de ordenadores, está presa de la ineficacia y el despilfarro en materia de programas informáticos. No sólo eso, depende casi en exclusiva de un fabricante no nacional que, ante cualquier situación de riesgo para nuestra propia seguridad, goza de una situación de privilegio para sabotear nuestros sistemas informáticos siempre que convenga a sus intereses o a los del gobierno de su nación: me refiero a Microsoft y los Estados Unidos de América.

Aún cuando los servidores estén en sistemas operativos distintos a las distintas versiones de Windows o los paquetes ofimáticos no sean siempre Office, las máquinas que generan dicha información sí usan el sistema operativo de Microsoft. Regularmente se informa en los medios especializados de los distintos agujeros de seguridad en los productos Microsoft y la Administración sigue confiando en su buena suerte. Cada vez que se adquieren PC's, éstos vienen equipados con Windows en sus distintas revisiones, con sus nuevas funciones pero también con sus nuevos errores y con la tendencia, ya probada, a interrumpir el buen funcionamiento de los programas de otras compañías que antes cumplían perfectamente con su función.

No se puede aducir seriamente que carecemos de alternativas: las hay mejores, más rápidas y, además, gratuitas. ¿Cuánto ahorro supondría a las arcas del Estado sustituir los sistemas operativos Microsoft y sus productos asociados como el Explorer y el Office por un sistema operativo de libre distribución como Linux, navegadores como Netscape y programa de ofimática StarOffice?.

Y, además del ahorro, la posibilidad de aprovechar los conocimientos de todos los miembros de la administración que serían capaces de modificar y mejorar, gratis y legalmente, el sistema operativo en servicio.

Nuestro sistema de correo electrónico sería más difícilmente atacable por otro gobierno (al haberse modificado libremente el código fuente del programa original para adaptarlo a nuestras necesidades); nuestros documentos, aún pudiéndose interceptar, habrían modificado lo suficiente su formato para que no pudieran ser fácilmente traducidos por otros sistemas. No olvidemos que no sólo es importante poder descifrar un mensaje, hay que hacerlo dentro de un plazo temporal que convierta en útil la información obtenida.

La realidad es muy distinta: usamos programas comerciales generados en el extranjero (ni siquiera en la Unión Europea...; confiamos que el amigo americano no querrá saber qué hacemos con sus productos porque somos sus "aliados") y enviamos nuestros impuestos a enriquecer a empresas estadounidenses o asiáticas. ¿Alguien supone que nuestra información es tan inaccesible y segura que no importa qué programas usemos?. ¿Alguien supone que al gobierno o a las grandes empresas estadounidenses no le importa cuál puede ser nuestra postura estratégica?.

Una vez más, estamos jugando con fuego. El ciudadano particular que tiene un ordenador en casa para que sus niños pierdan el tiempo matando marcianos en estéreo o despanzurrando viejas con un coche, puede hacer con su dinero lo que considere oportuno. El individuo que sufre de "versionitis publicitariamente inducida" puede correr desquiciado a piratear un paquete ofimático que jamás aprenderá a

manejar adecuadamente (el uso mayoritario que el español da a los manuales es el de soporte elevador del monitor), y con el que generará unos diseños hirientes por que los supuestos técnicos que le han aconsejado tienen tan mal gusto como él y no mucha mejor formación. Muy bien, a mí también me gusta dedicar parte de mi tiempo y mi dinero en gustos absolutamente improductivos.

Pero la Administración tiene varias responsabilidades: gestionar lo más eficazmente posible los fondos que recibe de los ciudadanos; garantizar que nuestros datos sólo se emplean en la forma que nuestras leyes dictan y que sólo sirven a los intereses que los ciudadanos hemos decidido; asegurar, en caso de conflictos de intereses con otros grupos de poder u otras potencias, que éstas no pueden acceder a la información que nos podría perjudicar o manipularla en su propio beneficio. El que determinados entornos o programas los “use todo el mundo” o “sean compatibles” no puede ser la vara de medir que emplee la Administración (las administraciones, sería mejor) para equiparse, aún a riesgo de poner en peligro nuestra seguridad.

Si, además de todo lo dicho, somos conscientes de que el nuestro no es un país con recursos ilimitados, veremos por qué los sistemas gratuitos y modificables son la única solución para garantizar que la información que manejamos se mueva en un entorno bastante más seguro y adaptado a nuestras necesidades.

Sin embargo, no debemos engañarnos.... Será muy difícil encontrar alguien con la suficiente independencia de espíritu y fortaleza moral o política para iniciar un proceso que permita manejar nuestros ordenadores con sistemas operativos adaptados en España (a partir de sistemas de libre distribución, ya que no generados aquí), programas ofimáticos y de comunicaciones que cumplan con nuestros requisitos y permitan la interacción con los de otras instituciones sólo en la medida que nos interese o marque nuestra propia ley.

Por supuesto interesará siempre más decir que contamos con “Windows 4000” a que nuestro sistema ha sido producido por nuestros licenciados en informática o los investigadores de nuestras universidades, con el consiguiente avance en la formación académica y la estimulación económica de nuestra propia gente. Es evidente..., jamás tendremos otra guerra como la de 1898, ¿no?. España está libre de conflictos exteriores, ¿no?. ¿Quién podría estar interesado en atacar los sistemas de Defensa, Interior, Economía y Hacienda?.

Agachemos una vez más la cabeza (no importa, llevamos haciéndolo desde 1643 en Rocroi y deberíamos estar ya acostumbrados), confiemos en el “¡Qué inventen ellos!” pronunciado por un catedrático provinciano y orgulloso, y sigamos dilapidando nuestro dinero en el exterior como nos enseñaron a hacerlo los monarcas de los siglos XVI y XVII.

Antonio Diego Duarte Sánchez.